

Enseñanza e investigación de la comunicación

Retrospectiva y prospectiva

Raúl Fuentes Navarro

Permítanme iniciar con una nota personal, pues la invitación a presentar esta conferencia inaugural del X Encuentro Nacional de CONEICC, además de ser un honor en sí misma, tiene para mí un significado adicional, que no es meramente sentimental y tiene amplia relación con el tema propuesto.

Hace veinte años, el 26 y 27 de abril de 1979, participé por primera vez en una asamblea del CONEICC, la séptima, en Gómez Palacio, Durango sede del ISCYTAC. Asistimos 23 personas, representantes de doce instituciones. Aunque el punto principal de esa asamblea fue la reorganización de los comités académicos, de investigación y de difusión, la discusión más intensa se dio a propósito de la participación del CONEICC en la organización del Congreso de la International Communication Association, a celebrarse en Acapulco en mayo de 1980, y en constituir la Asociación Latinoamericana de Investigadores en la Comunicación.

Para el entonces joven e inexperto profesor de teoría de la comunicación que era yo, la experiencia fue fascinante. Tanto, que contribuyó en gran medida a estimular mi naciente vocación aca-

démica, entonces apenas un subproducto y un complemento de mi trabajo como productor audiovisual. De las 23 personas presentes en aquella asamblea, yo conocía previamente sólo a dos: a Alberto Montoya, que había sido mi compañero de estudios y trabajaba en el Colegio de Posgraduados de Chapingo, y a Cristina Romo, mi maestra y directora de la Escuela de Ciencias de la Comunicación del ITESO. Gracias a ella y a las experiencias con las que me puso en contacto, como la del CONEICC, mi incipiente vocación académica, para bien y para mal, se consolidó y se convirtió muy pronto en definitiva.

Lo que me fascinó de esa primera participación en el CONEICC fue el descubrimiento de personas, algunas de ella tan jóvenes e inexpertas como yo, otras no tanto, que para hacer avanzar sus muy divergentes propuestas para las ciencias de la comunicación en México, habían decidido construir un espacio de confluencia interinstitucional, para discutir y buscar acuerdos de interés común. Como lo han dicho siempre los fundadores, ese espacio de confluencia fue más fácil de construir que lo que parecía al principio, porque se basó en el conoci-

miento mutuo de personas inteligentes y generosas, que tenían posturas que defender y proyectos académicos que impulsar. Personas como Horacio Guajardo, Guillermo Michel o Angel Sáiz, que llegaron a la comunicación de otros campos ya maduros; Josep Rota y Roben Jara, los primeros mexicanos que obtuvieron un doctorado en comunicación; y Beatriz Solís, Javier Solórzano o Alberto Montoya, representantes de esa generación crítica con la que me reconocí, tenían ya un horizonte internacional para discutir el futuro de las ciencias de la comunicación en México y la disposición a hacer crecer tanto ese horizonte como ese futuro sobre el que no había acuerdos. Era imposible desaprovechar la oportunidad de participar en esa tarea; al menos para mí fue imposible no involucrarme, con ellos y con otros que conocí después.

Veinte años es un periodo considerable en la vida profesional de una persona: en dos décadas se acumulan experiencias y aprendizajes que difícilmente permiten el desarrollo de vocaciones alternativas, aunque se dan casos. Pero para la vida de una institución como el CONEICC, o de un campo académico como el de la comunicación en México, veinte

o veinticinco años son un periodo muy corto: los cambios de rumbo, las pérdidas de la intención original, las rupturas con la historia, la transformación radical, son no sólo posibles, sino altamente probables. Y a veces, en algún sentido, también deseables, cuando no inevitables. De manera que al plantear esta reflexión retrospectiva y prospectiva sobre la enseñanza y la investigación de la comunicación, trato de escaparme de los límites de la experiencia personal y adoptar una visión más amplia, apoyada en los aportes y propuestas de otros, cercanos y lejanos. Los términos mismos propuestos por la comisión organizadora para esta reflexión colectiva, “retrospectiva y prospectiva”, significan mirar hacia atrás y hacia adelante; y para hacer eso hay que adoptar una *perspectiva*, es decir, un punto de vista. Yo creo que la mirada siempre puede ser más penetrante y abarcar un horizonte más amplio, cuando conjuga puntos de vista múltiples y plurales, aunque el orden que los integre sea uno, por necesidad de hacer sentido.

Para construir esa visión múltiple y plural, aunque integrada desde mi propia perspectiva, y presentarla sintéticamente ante ustedes recurro, como lo he hecho ya en otras ocasiones, a una obra publicada por John McHale en 1969 que lleva por título *El futuro del futuro*. Es uno de los mejores ejemplos que conozco de esa “futurología humanística” con que algunos intelectuales norteamericanos en el tiempo de los *hippies* enfrentaron el cambio sociocultural inducido por la explosión de la tecnología de las comunicaciones. Me gusta citar una especie de aforismo que

McHalen utiliza como organizador de su discurso, y no puedo dejar de hacerlo nuevamente hoy:

El futuro del pasado está en el futuro

El futuro del presente está en el pasado

El futuro del futuro está en el presente

Una interpretación, porque admite varias, de esta provocativa concepción de la historia, la resume el propio McHale en una frase: “Al asumir el futuro, el hombre hace soportable su presente y significativo su pasado; pasados, presentes y futuros alternativos se entretajan en la anticipación y predicción de sus futuras acciones.” Siguiendo ese sentido, mi propuesta para la reflexión retrospectiva y prospectiva sobre la enseñanza y la investigación de la comunicación en México se basa en la identificación de los proyectos que la han impulsado y que atraviesan el presente, desde el cual reconstruimos el pasado e imaginamos, y por lo tanto, determinamos el futuro.

Para ser conciso, enuncio la hipótesis que he expresado en muchos foros y que retomo otra vez aquí, de que en México —y América Latina—, han predominado sucesivamente tres “modelos” o *proyectos fundacionales* para la formación de comunicadores, que de diversas maneras articulan en el curriculum los saberes recortados históricamente como pertinentes en función de diversos perfiles y determinaciones socioprofesionales. Cada uno de estos modelos, a su vez, ha configurado de distinta manera el núcleo operante de la comunicación como disciplina académica. No obstante, ninguno de ellos ha logrado la consistencia suficien-

te para legitimarse, ni profesional ni universitariamente. De hecho, puede considerarse que en la actualidad, y desde hace quince o veinte años, los planes de estudio responden más a una yuxtaposición cada vez más confusa de elementos de los tres modelos, con énfasis diversos según las instituciones, pero sin una articulación claramente definida ni cognoscitiva ni socialmente. Esa, que sería la manifestación central de la “desarticulación múltiple” que caracteriza a nuestro campo académico, además de referirse a la formación de profesionales de la comunicación, tiene también que ver con la investigación en la medida en que su práctica ha estado subordinada a la docencia. Lo preocupante, en todo caso, es que no haya surgido todavía otro proyecto que busque volver a fundar académicamente el estudio de la comunicación. Veamos a cuáles “modelos fundacionales” me refiero, y por qué los caracterizo a los tres como *utópicos*:

El modelo de la *formación de periodistas*, originado en los cincuenta, el más antiguo y más fuertemente arraigado en las escuelas, a pesar de su tradicional enfoque técnico y pragmático, tiene como uno de sus elementos constitutivos el propósito de la incidencia político-social a través de la conformación de la “opinión pública”, donde tanto la indagación sistemática como la ética profesional tienen la mayor importancia.

Los operadores profesionales de la información social, previstos por este modelo, habrían de ejercer nada menos que su autoridad moral como el “cuarto poder” de la democracia moderna, dando a conocer “objetivamente”

los “hechos” y orientando responsablemente su “interpretación”.

Subyace en este modelo una noción de la comunicación como difusión y por tanto un énfasis en la producción de “mensajes”. También, la necesidad de competente manejo de las relaciones entre “estructuras” y “coyunturas” sociales para intervenir oportunamente en éstas desde aquellas. En otras palabras, habría que saber “quién dice qué a quién, por qué canal, con qué efectos”, como proponía Harold Lasswell hace cincuenta años. Los valores utópicos de este modelo son, sobre todo, los de la honestidad, la oportunidad y la lucidez de quien ejerce el poder de interpretar los hechos sociales en un sociedad liberal.

El segundo modelo, originado en los sesenta, el que concibe al *comunicador como intelectual* desde una perspectiva humanística, subordina la habilitación técnica a la cultura “encarnada” en sujetos capaces de impulsar a través de los medios de difusión, la transformación de la dinámica sociocultural conforme a marcos axiológicos bien definidos y enfatiza, sobre todo, un manejo competente y responsable de los “contenidos” y de los “medios” como lenguajes, de acuerdo con autoridad intelectual del “creador”, que no operador de los mensajes. La utopía del discernimiento filosófico y existencial como base de la práctica de los “comunicadores” remite a una teoría de la comunicación y a una ética social mucho más amplia y compleja que las correspondientes a los operadores de la difusión masiva, por lo que la comunicación humana se descubre también, como

ámbito profesional y como “objeto” de investigación o ambos al mismo tiempo, en casi cualquier relación o institución social. De ahí que haya que tener la disposición a “saber de todo”, a “usar” las disciplinas y saberes más diversos, integrados por los fines: la prevalencia de valores humanos universales como la justicia, la verdad, la libertad, la belleza, la solidaridad o la creatividad, y a investigar la comunicación desde la complejidad creciente de la cultura, amenazada por el “materialismo consumista”.

Finalmente, el modelo del así llamado “*comunicólogo como científico social*”, originado en los setenta, tiende prácticamente a abandonar la formación instrumental y la habilitación profesional por enfatizar el estudio de las prácticas y sistemas de comunicación desde los niveles teóricos y epistemológicos más abstractos, y desde una perspectiva “crítica”, no sólo de las prácticas comunicacionales y las estructuras sociales, sino de los propios saberes del campo. La utopía de la emergencia de una comunicación social que funcione “contra hegemónicamente” supone la capacidad de develar el carácter ideológico de los mensajes y, más allá, de los sistemas o “aparatos” en su totalidad, instrumentos de dominación que es necesario “liberar”. La investigación de la comunicación tiene así propósitos más precisos que nunca, pero casi ningún medio para realizarse, a no ser el discurso “teoricista”. De cualquier manera, denunciar la situación y descubrir a quienes detentan el poder económico y político de las industrias culturales y sus cómplices, es no sólo una obligación moral sino una “condición de

cientificidad” de la praxis “revolucionaria” del “comunicólogo” así entendido.

Supongo que cada quien podrá reconocer, en su propia trayectoria escolar y en su conocimiento sobre la comunicación, la yuxtaposición de elementos de estos tres modelos. Supongo también que con algún esfuerzo por ampliar el punto de vista, cada quien podrá identificar de dónde provienen y hacia dónde apuntan esos elementos: unos hacia las disciplinas profesionales, hacia la transformación práctica de los oficios; otros, hacia las humanidades y la conformación crítica y creativa de cosmovisiones intelectuales integradas; otros más, hacia las ciencias sociales y su afán de comprensión de la realidades históricas para intervenir sobre ellas y modificarlas.

Los tres modelos tienen en común un impulso fuerte de transformación de la sociedad por medio de la comunicación; una propuesta de cambio basada en el pensamiento crítico y el rechazo de las prácticas predominantes en los medios y en otras instituciones sociales. Llamo utópicos a esos ingredientes centrales de inconformismo y creatividad porque surgen del reconocimiento de que aunque esas prácticas comunicativas “alternativas” no tienen lugar, o lo tienen sólo marginalmente en la sociedad, los profesionales universitarios de la comunicación se responsabilizarían de extenderlas, implantarlas o mediarlas, es decir, de hacerlas no sólo posibles sino necesarias.

Me parece muy significativo que el último de estos modelos haya surgido hace ya veinte o veinticinco años, y que no pueda reconocerse en este tiempo nin-

guna otra propuesta fuerte de formación de profesionales de la comunicación, sino múltiples y diversos intentos de conjugar los mismos elementos, aunque cambien algunos nombres de “autores de cabecera”, en los planes de estudio.

También me parece muy significativo que muchos egresados y estudiantes repitan una y otra vez lo que les parece que hace falta en la carrera —“práctica y contacto con la realidad” es la fórmula más usada— y no vean más allá, ni siquiera lo que significan las fórmulas. A veces parece que se agotó la imaginación y no es difícil imaginar razones: el ambiente cultural cambió en todo el mundo, y en México nos acostumbremos, desde principios de los ochenta, a las sucesivas crisis económicas, políticas, culturales y morales. La tecnología de las comunicaciones aceleró su ritmo de desarrollo de tal manera, que no nos dejó tiempo para pensar seriamente en sus implicaciones. La población universitaria creció desafortunadamente y, más que otras, la carrera de comunicación se puso de moda, de una manera tal que hizo imposible que hubiera profesores suficientes con experiencia profesional y formación académica adecuada para atender educativamente a tantos miles de estudiante.

No creo que se pueda negar que, tanto por razones “macro” como “micro”, la utopía universitaria de la comunicación se desprestigió y su impulso de cambio se diluyó. Si cada uno de los modelos fundacionales propuso y comenzó a concretar un *proyecto universitario* con identidad y sentido propios, los tres con profundos y extensos ingredien-

tes utópicos, su evolución y yuxtaposición tendió a diluir en los años ochenta la viabilidad y vigencia de la licenciatura en comunicación como proyecto académico para derivar más bien en un lugar común, en una inercia, sujeta cada vez más, exclusivamente, a las “leyes del mercado”: demanda y oferta de un título, más que de proyecto, de un estereotipo ambiguo, más que de una opción vital, para miles y miles de estudiantes, y a la concurrencia de todas las instituciones de educación superior a este boyante mercado, dominado por una demanda bastante nutrida y acrítica, sin tomarse la molestia de elaborar un proyecto académico apropiado.

Se hacen indispensables aquí al menos dos precisiones: sostengo la validez de lo afirmado en su escala más general y no necesariamente en ámbitos particulares: de hecho, aunque el número de instituciones donde se “ofrecen” estudios de comunicación ha crecido desmesuradamente en casi todo el país, la mayor parte de ellas está muy lejos de contar con las condiciones mínimas de trabajo para la producción y la formación universitarias, como un equipo de profesores de planta, que sí han mantenido e incrementado cualitativamente algunas cuantas, públicas y privadas. Por otro lado, en lo individual o los pequeños grupos, el “desprestigio de la utopía” no necesariamente implicó la pérdida del sentido socioprofesional de los comunicadores: por el contrario, creo que hay más y mejores evidencias cada vez, como las que van surgiendo de los estudios de seguimiento de egresados, de que de la carrera de comunicación en México han egresado y lo

siguen haciendo, a pesar de todo, agentes de cambio profesionales socialmente responsables, en el sentido más fuerte de la palabra, y que los estudios de comunicación tienen auténticos referentes “prácticos” sobre los cuales basarse para renovar su proyecto.

Quizá sea adecuado utilizar aquí la fórmula con que un colega muy respetado describía hace pocos años la experiencia académica en que llevaba involucrado ya una década: se trata de “un gran fracaso con muchos logros”. Es un gran fracaso, de hecho, si proyectamos linealmente los supuestos fundacionales de hace tres, cuatro o cinco décadas. Pero ninguno de los modelos era, en sentido estricto, un *programa*. Y si alguien creyó que lo eran, fue demasiado ingenuo y quizá se merezca la consecuente frustración. Más bien, los “modelos fundacionales” eran *propuestas* de trabajo abiertas a las vicisitudes de la historia, *opciones* para ser apropiadas y desarrolladas en la práctica por individuos y grupos concretos, *futuro* que el trabajo colectivo podría convertir en presente, pero que no podrían preverlo todo. En una conferencia dictada poco tiempo dictada antes de su muerte, Raymond Williams abordaba esta misma cuestión dentro de su campo de una manera que me parece ejemplar:

Quiero abordar aquí la cuestión del futuro de “estudios culturales”, aunque no como una manera de subestimar su fortaleza y desarrollo actuales, muy reales, que habría sido del todo imposible, creo, predecir treinta años atrás, cuando el término comenzó a circular por primera vez. En realidad debemos recordarnos esa impredecibilidad como una condición susceptible de aplicarse tam-

bien a cualquier proyección que podamos hacer, que en algunos casos serán con seguridad igualmente ciegas. No obstante, es necesario ser firmes y no vacilantes en esta cuestión del futuro, porque lo que pongamos en ella, nuestra propia percepción de las direcciones en que debería encauzarse, constituirá una parte importante de lo que se haga. Por otra parte, la claridad mental que puede conducir a alguna definición de las consideraciones que han de aplicarse al elegir una dirección es a la vez, difícil de lograr y necesaria, precisamente a causa de esa incertidumbre. (Raymond Williams, *La política del modernismo; contra los nuevos conformistas*. Manantial, Buenos Aires, 1997, p.187).

Williams rescata lo esencial de las propuestas fundadoras de los estudios culturales británicos y analiza lo que pasó entre las personas y las instituciones, entre los proyectos y las "formaciones", y sólo desde ahí revisa las obras. Más que con los textos se queda con las situaciones en que se hizo posible responder, antes que a intereses institucionales o individuales, a las necesidades de procesamiento intelectual y de formulación crítica de las cuestiones que inquietan a las personas comunes. De la capacidad de los investigadores de mantener o de recuperar este diálogo con su entorno, esta referencia básica del sentido de su trabajo, Williams hace depender, en 1986, el futuro de ese campo que él contribuyó decisivamente a fundar. Y habla de fracaso, en cuanto a lo que no tiene por qué ocurrir, en la medida de la incapacidad colectiva para inconformarse con el éxito de la institucionalización. Dice textualmente que "el momento de preparar esta nueva ini-

ciativa, que por cierto sería muy resistida por muchos intereses creados y políticos, es precisamente hoy". Y no habla necesariamente de una fecha precisa, sino del momento *presente*, en el que diría McHale, está el futuro del futuro.

Si, volviendo a nuestro caso de la enseñanza y la investigación de la comunicación en México, mantenemos y renovamos nuestra inconformidad con el presente, si luchamos por modificar la consideración de que el o los proyectos que las han orientado, han sido un gran fracaso, pero reconocemos cuáles son los logros parciales y a qué se han debido, me parece que podemos "preparar la nueva iniciativa" y luchar por ella, trabajarla, contra la resistencia de personas o instituciones, de aquellos quienes tienen interés en que fracasemos.

Nuevamente aquí tengo que matizar lo dicho, para clarificar mi perspectiva. No creo que nos enfrentemos a un adversario externo: no creo que haya nadie que concretamente esté interesado en que fracasemos, aunque sí haya beneficiarios. El adversario, como suele suceder, está dentro de nosotros mismos. Se puede resumir con el término conformismo, se puede identificar como la actitud de que no vale la pena complicarse la vida, como si la vida fuera simple. El adversario propone la vigencia de la ley del menor esfuerzo, la aceptación de la inercia, la incorporación a lo ya establecido, que por establecido se impone como válido e inmutable, la exigencia de que otros aporten lo que yo no puedo o no quiero construir. El adversario, también, en otro plano, refuerza la creencia de que para hacer prevalecer el logro propio

es indispensable descalificar, o si es posible destruir, el logro ajeno, con más fuerza mientras más cercano esté.

Podríamos encontrar con toda facilidad infinidad de ejemplos que ilustraran este vector antiutópico entre nosotros. Pero, nuevamente, creo que es más pertinente intentar ver más allá y reconocer los logros parciales, los procesos constructivos y los trayectos productivos. Para ello, propongo una revisión rápida de un sector minoritario y hasta ahora poco trascendente de nuestro campo académico, el de la investigación académica de la comunicación, que no tiene más de veinticinco años de existencia y ha estado concentrado en sólo cinco o seis universidades.

El primer impulso a la práctica y a la institucionalización de la investigación surgió en la primera mitad de los setenta en la escuela fundadora del modelo humanista y su utopía culturalista, la de la Universidad Iberoamericana. Con el empirismo norteamericano, en su versión más cuantitativa y conductista, como "paradigma" único, pero una gran capacidad magisterial y de gestión en sus principales agentes, el impulso hacia formas de articulación académicas y extraacadémicas de la investigación fue divergente y aislado, lo cual contribuyó al "retiro" de estos profesores, a principios de los ochenta, del campo académico, aunque muy significativamente, no de la investigación de la comunicación.

Una parte sustancial de quienes opusieron el proyecto "crítico" al "empirista", habían sido alumnos de la Universidad Iberoamericana y, siguiendo la radicalización ideológica de los



años setenta, se habían desplazado hacia la UNAM y la UAM-Xochimilco. La figura emblemática de esta corriente “crítica”, Armand Mattelart, tuvo sin duda una gran influencia sobre estos investigadores, que congregados en la AMIC a partir de 1979, impulsaron el establecimiento del proyecto de la formación de comunicadores como “científicos sociales”, tercer modelo fundacional del campo, mediante la adopción del materialismo histórico como guía y el consecuente combate al empirismo (“representante del imperialismo” y “reforzador de la ideología dominante”) y, por ende, a los investigadores “empiristas”.

Estos investigadores “críticos” iniciaron sus carreras como investigadores académicos al lado de líderes político-intelectuales refugiados en México, cuya influencia sobre ellos fue más ético-ideológica que metodológica, aunque introdujeron a México nuevos temas y nuevos enfoques de investigación de la comunicación. A la distancia, hay que hacer notar que, después de la “ruptura” con los investigadores “empiristas”, los investigadores “críticos” rompieron también con los “denuncistas”, que a diferen-

cia de ellos mismos, estaban poco comprometidos con la formación de comunicadores, aunque sin duda asimilaron mucha mayor influencia de ellos que de los primeros, al encontrarse prácticamente solos en el campo a mediados de los años ochenta.

Pero en esa época de “la crisis” nacional, cuando el mercado académico se cerró y los apoyos gubernamentales prácticamente desaparecieron para la investigación de la comunicación (crítica o no), emergió un tercer grupo de investigadores, que habían estudiado comunicación en la misma época que los “críticos”, pero que habían seguido estudiando. Con posgrados (cursados tanto en México como en el extranjero) en distintas especialidades de las ciencias sociales, este grupo se integró al campo académico con retraso, pero con la ventaja de representar tanto una “postura crítica” como una “actitud de rigor”, condiciones que resultaban muy pertinentes en combinación, después de las desgastantes batallas internas por la hegemonía en el campo, sostenidas hace veinte años.

Es importante subrayar que estos investigadores no encontraron acomodo (aunque lo busca-

ron) en ninguna escuela de comunicación: tuvieron que inaugurar nuevos espacios universitarios, lo cual se facilitó por su curriculum vitae y por los sólidos y ambiciosos proyectos académicos que propusieron, más asociados al posgrado que a las licenciaturas. Así, se establecieron en los años ochenta el Programa Cultura de la Universidad de Colima, el Centro de Estudios de la Información y la Comunicación, ahora Departamento de Estudios de la Comunicación Social, de la Universidad de Guadalajara; y el ya desaparecido Programa Institucional de Investigación en Comunicación y Prácticas Sociales de la Universidad Iberoamericana. En estas instituciones, además de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, la UAM Xochimilco y el ITESO, es donde se ha concentrado la mayor parte de la producción de investigación de la comunicación en México.

Pero es un hecho que a partir de mediados de los años ochenta, la investigación académica de la comunicación se ha alejado como nunca antes de la formación de comunicadores, entre otras razones por la presión generada por las políticas gubernamentales diseñadas para hacer

frente a la "crisis" en los terrenos universitarios: descentralización, modernización de las instituciones, estímulos a la "excelencia" (y desestímulo a todo lo demás), competitividad internacional e imposición de un perfil evaluable homogéneamente para los académicos a través, sobre todo, del Sistema Nacional de Investigadores. En los años noventa, un número considerable de profesores-investigadores ya "establecidos" nos inscribimos en programas de doctorado y reajustamos nuestro perfil académico, para no quedar al margen de los estímulos y reconocimientos oficiales, mediados por este Sistema, al que en la actualidad pertenecemos 18 investigadores de la comunicación.

También en los años noventa, ha surgido un cuarto grupo de investigadores, más jóvenes y de modo general discípulos de algunos de los "consagrados" por el Sistema, formados en los posgrados nacionales "de excelencia" atendidos multidisciplinariamente por ellos y académicos de alto nivel de otros campos, y en quienes ha recaído la responsabilidad de renovar la investigación de la comunicación, tanto en sus temáticas y enfoques metodológicos como en sus prácticas y adscripciones institucionales. Muchos de ellos, a pesar de la adversidad de las condiciones en que han vivido, por su formación y capacidad, y por la sana independencia que han ganado con su trabajo con respecto a sus "tutores", son la mejor evidencia de que el campo académico de la comunicación ha generado los recursos indispensables para avanzar hacia un futuro sólido y promisorio. Otros, inevitablemente, copian y repiten los caminos

y los aportes ya trillados, aunque por supuesto no agotados. En este campo, difícilmente puede detectarse algo que esté ya agotado, de lo que no se pueda ya aprender más.

Al principio de esta exposición, a manera de nota personal, mencioné la riqueza encontrada hace veinte años en las personas que, aunque sostenían proyectos divergentes para las entonces nacientes ciencias de la comunicación en México, o precisamente por ello, habían decidido construir un espacio de confluencia interinstitucional, para discutir y buscar acuerdos de interés común. Ahora es imposible imaginar el campo académico de la comunicación en México sin ese espacio, que es el CONEICC, y que afortunadamente no es ya el único que usamos para ese fin, de encontrarnos y esforzarnos en buscar juntos lo que ha de ser nuestro futuro. Más allá de todo lo que ha cambiado, es obvio que la condición esencial sigue estando en la disposición de las personas al diálogo, al trabajo conjunto, a la colaboración y al respeto mutuo. El CONEICC ha mantenido por casi veinticinco años esta condición y ese no es un logro menor: es uno de los recursos más valiosos del campo. Y por lo tanto, es también el fundamento más sólido que se puede tener para emprender, en el presente, la renovación del proyecto o proyectos de futuro que podemos compartir.

Desde ahí, y ante cientos de estudiantes que todos esperamos que se incorporen de lleno a este proceso de reflexión y renovación del campo que han elegido, y ante los profesores e investigadores que han asumido de diversas maneras este compromiso, pro-

pongo algunas características de la imagen que me hago del campo académico de la comunicación en México dentro de veinte o veinticinco años.

En el centro de la imagen del futuro que me puedo representar ahora sigue estando el ingrediente de apertura a la confluencia que ha cultivado el CONEICC desde que se constituyó en 1976, aunque el riesgo de la burocratización, de la despersonalización, de la pérdida del respeto por las diferencias y de la actitud de diálogo esté, como siempre, presente.

En las dimensiones profesionales de la comunicación quisiera ver ejercicios cada vez menos definidos por los puestos o la oferta de trabajo y por los sectores especializados, y cada vez más por un modo específico, el comunicacional, de resolver necesidades y demandas sociales concretas. Quisiera menos conformismo y adaptabilidad a las circunstancias, más creatividad y sensibilidad.

Menos preocupación por estar al día en el uso de recursos tecnológicos, y más atención a los sujetos de la producción social del sentido.

En la formación universitaria de comunicadores quisiera ver mejores recursos y proyectos institucionales innovadores, mayor atención a lo educativo, profesores menos obsesionados por los "contenidos" y estudiantes cada vez más interesados en aprender creativa y responsablemente. Autoridades menos preocupadas por la certificación y la acreditación oficiales y más por la calidad educativa y la pertinencia social de su oferta.

En la investigación académica de la comunicación, veo la po-

sibilidad de mayor diversificación y menor fragmentación, la consolidación de equipos multidisciplinares reconocidos y cada vez más competentes, no competitivos, para elaborar explicaciones teóricas y modelos metodológicos lógicamente consistentes y éticamente pertinentes, que se difundan y se articulen con los procesos educativos en los posgrados y en las licenciaturas. Veo también la necesidad de colaboración, sin confusión de fines, con los profesionales de la comunicación, los investigadores "comerciales" y las instancias sociales de toma de decisiones.

Se podrá pensar que mi imagen del futuro es poco ambiciosa, porque insiste en lo mismo. Se podrá pensar que es irrealiza-

ble, o algo peor. Pero hay que entender que proviene de alguien que no ha renunciado a la utopía fundacional del campo y que ha construido su trayectoria, durante muchos años, sobre esa base. De alguien que ha aprendido que puede y debe seguir aprendiendo y que no cree tener la verdad en sus manos. Que ha trabajado en la recuperación e interpretación de la historia del campo académico de la comunicación, y que sabe que debe poner los resultados de ese trabajo a la disposición de todos los que participan, activa o pasivamente, en la configuración del futuro. Finalmente, de alguien que espera escuchar y discutir, con todo respeto y con mucho interés, las propuestas de otros. ○